

extender más y más la epidemia burocrática.

Sería una fuente de regeneración incalculable, aquí sobre todo, donde los hogares, mal constituidos, hacen muy poco en favor de los hijos, enviar a la campaña un heroico regimiento de cien maestros, cien hombres de corazón, capaces de ser estimados por los niños, y resueltos a sembrar en las almas auroras el germen de la sinceridad y de la libertad ideas. Pero esos hombres, ¿los habrá en Paraguay, los habrá en América, los habrá en este valle de lágrimas?

Rafael Barret

En la LECTURA BARATA, de Falcó, Zeledón & Cía., están a la venta las obras de Rafael Barret: «Moralidades actuales», «Lo que son los yerbales», «El dolor paraguayo», «Cuentos breves» (Del natural), «Mirando vivir», «Al margen», «Ideas y críticas».

Notas editoriales

Sinite parvulos venire ad me

He aquí las palabras que nuestro corazón creará escuchar que se escapan por la puerta de aquel edificio que hasta el año pasado fué nuestro Cuartel Principal, cuando se abra para dejar entrar a los niños que van a educarse e instruirse a la sombra de su techo.

¡Un cuartel que desaloja sus armas y sus soldados y ofrece campo a la escuela! Realidad que llena de alegría más de un espíritu.

Se me dirá que las armas y los soldados no han hecho otra cosa que cambiar de sitio. Sin embargo, pienso ya es algo reducir el campo que ocupan.

Al comenzar las clases en este recinto debería hacerse una fiesta cuyo recuerdo no se borraría nunca de la memoria de los niños que a ella asistieran. Una fiesta que los hiciera sentir como la vida es bella y buena cuando los hombres saben ser hermanos, cuando se miran unos a otros sin desconfianza.

En estos días, pues, al iniciarse el año escolar, la gran puerta del cuartel que sólo supo abrirse siempre con el gesto desconfiado de quien guarda algo que puede dañar al prójimo, estará de par en par ofreciendo entrada y salida a los grupos bulliciosos de

nuestros chiquillos, con el ademán franco y noble de aquel que en su interior lleva pensamientos bondadosos.

Ya nos parece cambiado el aspecto duro que tenía el edificio con sus centinelas ridículamente inmóviles y armados de bayonetas, con las figuras desgarradas y tristes de sus soldados y las de los oficiales con aires de héroe de bastidores; aspecto que hacía más duro el silencio que de allí salía, el cual parecía estar diciendo a gritos lo que puede la fuerza del plomo y del acero y el cual era desgarrado a veces por el ruido frío y metálico de las cornetas, de las armas y de las voces de mando.

Desde ahora me regocijo al pensamiento de que al pasar por allí creeré ver sonreír el viejo caserón al mirar caras infantiles asomadas a sus ventanas o bandadas de niños que se precipitan por las puertas. Y el rumor de aquel silencio estúpido no maltratará más nuestro oído: el corazón creará percibir el sonido intenso de una humanidad fresca que corre como un río y va cantando el «Amaos los unos a los otros» del buen Jesús.

Ojalá que de la disciplina que allí movió a los hombres a golpes de voz y de corneta, no quede ni la más leve sombra. Ah! que de esa disciplina, que a pesar de toda la literatura que contra ella se ha hecho entre nosotros,

Lea el 'Boletín Bibliográfico' No. 4 de la última página. Le interesa.